



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

El olvidado asalto a Melilla de 1715

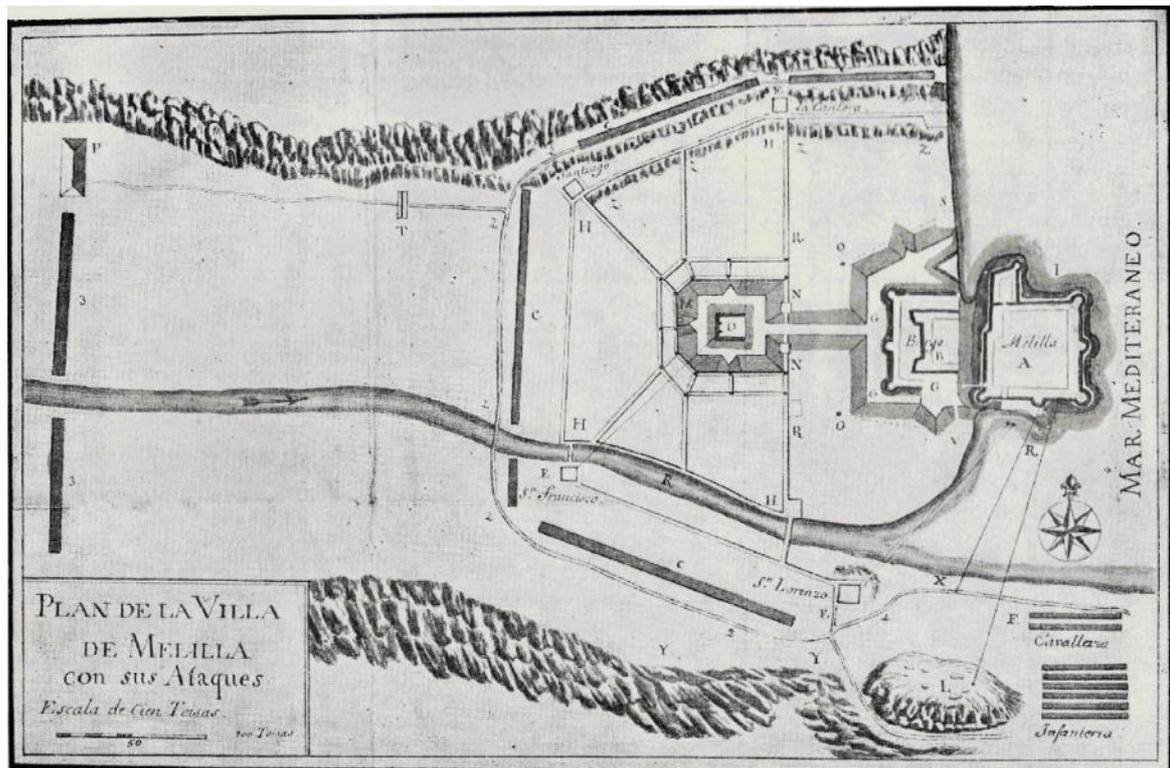
Juan Miguel Teijeiro de la Rosa
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de mayo de 2023

Ampliamente se ha escrito sobre el sitio de la plaza de Melilla por parte de unos 30.000 efectivos de la corona marroquí entre diciembre de 1774 y marzo de 1775. Era entonces aquel «presidio menor» un lugar considerablemente fortificado, y defendido por algo más de 3.000 hombres, entre los fijos y las compañías de refuerzo.

Pero al comenzar el siglo XVIII, además del recinto amurallado de la «Villa Vieja», arruinado en más de un punto, el «presidio» solo contaba con un foso y una ampliación externa del recinto sobre un pequeño terreno donde vivían los penados allí reclusos, y a donde acudían a comerciar los aborígenes. Esta zona apenas estaba fortificada con dos pequeños baluartes y una ligera cortina que los unía. Más allá aún estaba en ciernes lo que a fines de aquel siglo y en el XIX sería un cuarto recinto con cinco fuertes y varias torres. Pero de esto en 1714 solo existía el fortín de San Miguel, un reducto cuadrado situado a unos 60 metros de la última cortina de Melilla, y, a unos 300 metros, cuatro minúsculos recintos guarnecidos cada uno por veinticinco soldados y un oficial. En cuanto al fortín de San Miguel, éste se hallaba comunicado con la plaza mediante un paso subterráneo, y, como avanzada de ésta, servía para proteger algunos pequeños cultivos de hortalizas y viñas, además de un escaso ganado.

Toda esta estructura defensiva permanecía muy mal entretenida, tanto por lo que se refería a las empalizadas o muros como a los fosos y caminos cubiertos, además de escasa de munición y de provisiones de boca. El personal se componía de alrededor de 900 hombres integrados en un batallón español y otro flamenco, unos 500 presos forzados a trabajar en las diversas obras, 20 oficiales artilleros, cuatro religiosos, 200 mujeres casadas o viudas y otros tantos niños nacidos en aquella plaza. En total unas 2.000 bocas a las que había que atender diariamente.



Fallecido el mariscal Gómez de la Hoz, supremo comandante del presidio, y hasta la llegada de su sustituto, el también mariscal de Ingenieros Pedro Borrás, hubo de hacerse cargo del mando el brigadier Ingeniero Mayor Pedro Sansón, conde de Des Alois, hombre con una larga trayectoria militar, y técnico hasta poco antes encargado de la supervisión de las plazas fronterizas de España y Portugal.

Estaba entonces España exhausta tras la larga guerra de Sucesión entre los ejércitos de Felipe V y el archiduque de Austria. Hacía poco que había capitulado Barcelona, y en julio de 1715 lo harían Mallorca e Ibiza. La nueva Administración, a cargo del secretario de Estado y del Despacho marqués de Grimaldo, estaba suficientemente entretenida en los decretos de Nueva Planta para su aplicación en los antiguos reinos de la corona de Aragón, y Melilla quedaba lejos de las preocupaciones del Gabinete Real.

Ese fue el momento que consideró oportuno el sultán marroquí Mulay Isma'il para apoderarse de la plaza, siguiendo el consejo de Takar, gobernador general de la provincia de Garet, donde se asentaba la posesión española. Animado por unas circunstancias que parecían idóneas, el sultán encomendó al propio Takar la misión de formar un ejército con las milicias de los «voluntarios de la fe» de su demarcación, apoyados por fuerzas de caballería y, sobre todo, por el batallón de los Bujari, una unidad de negros considerada la fuerza de élite del reino magrebí; en total unos 25.000 hombres.

El 2 de agosto de 1715 el ejército marroquí apareció por sorpresa en los alrededores de Melilla, y, aprovechando la noche, y utilizando escaleras dobles, los negros lograron apoderarse de los cuatro pequeños reductos de la primera línea de la villa. Dice una crónica que las escalas «tenían cerca de cuatro pies de ancho con tres subidas, y por cada una de ellas subían a la vez dos hombres de frente con el sable en la boca y una pistola en una mano, y se servían de la otra para subir». La desesperada defensa que hicieron sus defensores no impidió que los atacantes, renunciado a hacer prisioneros, degollaran a todos sus ocupantes y tomaran los reductos.

Al día siguiente todo el ejército atacante se limitó a hacer patente su presencia ante las defensas de Melilla para amedrentar a sus defensores con sus gritos y con la exhibición de sus banderas teñidas con la sangre de los soldados muertos, haciendo ver que correrían la misma suerte si no se rendían. A estas bravatas respondió el gobernador Des Alloys ordenando disparar las pocas piezas de a 24 de que disponía, causando una considerable cantidad de bajas entre las fuerzas marroquíes, que hubieron de ponerse a resguardo.

Establecido el sitio de Melilla, el 20 de agosto el propio Takar, protegido por la guardia negra, reconoció todos los alrededores, acompañado por el ingeniero mayor del ejército del sultán, un anciano que, al parecer, había demostrado ya sus habilidades en el sitio de Viena de 1683. Su primer objetivo fue la toma del fuerte de San Miguel, a fin de neutralizar cualquier ataque por la espalda mientras intentaban la toma de la plaza.

En la noche del 22 al 23 de agosto abrieron trincheras cerca de San Miguel, aunque el fuego vivo que recibieron desde allí les obligó a mantenerse a cierta distancia, optando entonces por empezar a abrir minas subterráneas con hornillos cargados de pólvora. Advertidas estas maniobras por el gobernador, mandó a sus propios minadores introducirse hasta uno de los dichos hornillos, al que prendieron la pólvora, provocando la muerte de muchos enemigos por la explosión, y haciendo que otros, asfixiados por el polvo y el aire, se viesan obligados a salir a la superficie, exponiéndose a los disparos de los defensores.

Así las cosas, el gobernador tomó la determinación de hacerse cargo personalmente de la defensa del fortín, dejando la villa al cargo de un teniente de rey. Al mismo tiempo, incrementó hasta 100 hombres la defensa de San Miguel, de ellos 50 granaderos y otros 50 presidiarios escogidos, a los que prometió la libertad si cumplían bien su papel en la defensa del reducto. También tomó como ayudantes a dos españoles naturales de Melilla, conocedores del árabe y de las costumbres de los naturales.

Como respuesta a su urgente solicitud de ayuda, el 26 del mismo mes recibió de la Península una partida de alimentos en 25 barcas escoltadas por dos galeras, algo fundamental porque las provisiones ya escaseaban, y a los heridos «cuyo número era ya considerable», tenían que hacerles el caldo con carnes saladas, y «esto era mui contrario para su curación». Su descarga, de noche, no evitó algunas bajas bajo fuego enemigo, sobre todo porque la podredumbre de las cureñas de algunas de sus piezas de a 24 no permitían hacer una puntería efectiva. Para reparar algunas brechas que los moros habían hecho en el fortín de San Miguel y en las murallas, el gobernador ideó colocar tablas y lienzos frente a ellas, para que el enemigo no pudiera conocer en cuales de las mismas se trabajaba en su reparación.

Día y noche muchos presidiarios trabajaron en las contraminas, haciendo saltar varios hornillos, singularmente el 15 de septiembre, lo que movió al ejército sitiador a presentar banderas blancas en los respiraderos de sus minas, y a parlamentar solicitando la devolución de algunos notables capturados por los españoles. El gobernador se limitó a aceptar un canje a cambio de esclavos españoles que tenía el sultán, lo que no fue aceptado, y la tregua solo sirvió para que se pudieran retirar muertos de ambos bandos. Los notables marroquíes fueron más tarde enviados a Madrid.

La batalla volvió a recrudecerse, y los moros se convencieron de que tenían que eliminar la comunicación subterránea entre la Villa y el fortín de San Miguel. Buscaron los respiraderos de tal camino, y trataron de eliminarlos con hornillos repletos de pólvora, pero se logró volar dos de ellos, con abundantes bajas enemigas, lo que movió a los sitiadores a abandonar su proyecto.

El 29 de septiembre, para celebrar la fiesta de San Miguel, se hizo misa en el fortín enarbolando estandartes, y animando a la tropa con el mayor estruendo posible de los limitados instrumentos musicales con que contaban. A esto el enemigo reaccionó con una granizada de piedras diestramente lanzadas con hondas, que causaron algunos heridos. El día terminó con algunos intercambios de fuego con pequeños morteros. Tiempo después, el enemigo logró situar dos baterías de cañones, que lograron hacer una brecha en una zona del muro de San Miguel, la

que se hubo de intentar reparar con caballos de frisa y sacos de tierra. Sin embargo, el fuego de cañón dañó el camino cubierto a la plaza, que debió de ser abandonado, retirando la noche del 12 al 13 de octubre la gente que lo protegía, no sin que los cañonazos con que se respondía desde las murallas produjeran abundantes bajas entre los asaltantes, que, de nuevo, solicitaron una tregua de horas para retirar muertos y heridos. Ello sirvió también para dar algún descanso a las tropas defensoras.

Otra vez se reanudó el combate, con los sitiadores insistiendo en sus trabajos de minas subterráneas para alcanzar los fosos. Este intento fue respondido por los sitiados construyendo una galería que pasaba por debajo del foso, de modo que cuando los atacantes alcanzaron el mismo con muchas escaleras para apoyarlas en la cortina exterior de las defensas de Melilla, se hizo explotar bajo sus pies una considerable cantidad de pólvora que sorprendió al enemigo, que se hubo de retirar con una considerable cantidad de bajas.

La noche del 6 de noviembre el enemigo logró introducirse de nuevo en el foso, llenándolo de tropas con escaleras, disponiéndose a un asalto general, aprovechando la brecha en el muro de San Miguel. El gobernador hizo poner a todos en oración, dio órdenes desde el fortín al teniente de rey que había dejado en la villa, exhortó a sus oficiales, y apostó a sus hombres en la brecha. Iba a empezar el primer asalto.

A las nueve de la noche desde los cuatro pequeños reductos que rodeaban al fortín de San Miguel, y que se mantenían en poder del enemigo, se hizo sobre aquél una descarga de artillería, que fue la señal de ataque. No menos de 500 granaderos negros apoyaron sus escalas en el muro, logrando algunos de ellos coronarlo y saltar dentro, siendo recibidos por los defensores con bayonetas e, incluso, otros con hachas y chuzos, logrando así rechazar a los asaltantes. Otras escalas fueron volcadas y sobre los que caían de las mismas se arrojaron granadas y pucheros de fuego.

Después de media hora de combate el choque amainó, no quedaron escalas sobre el muro y el fuego se detuvo. Los defensores lograron socorrer a los heridos y arrojaron los cadáveres de los negros al foso, mientras se distribuía aguardiente y vino a los soldados en espera de un nuevo asalto.

El segundo asalto tuvo lugar media hora después. A pesar de haber perdido más de 200 de los granaderos negros, los restantes volvieron con nuevo ímpetu y más escaleras, procurando acceder al reducto por el lado que hacía frente a la villa, pero una vez más fueron recibidos como antes, sin reparar los defensores en la gran superioridad de número de los asaltantes, y a pesar de la metralla que caía dentro del recinto. Durante mucho tiempo se peleó a sablazos y bayonetazos, animados

unos y otros por sus oficiales. Apenas caía una escalera, otra vez era apoyada en el muro con más y más enemigos.

Desde la villa el teniente de rey hacía fuego sobre los que estaban al pie del fortín, pero como por la oscuridad de la noche algunos proyectiles caían dentro de éste, se le hizo señal para que detuviera el fuego, al tiempo que sobre los ángulos de la zona atacada se colgaban con cadenas luminarias que alumbraron el campo de batalla. Esto permitió a los atacantes contemplar la multitud de muertos y heridos que tenían en los fosos, y a los de la villa ver todos los movimientos de los vivos y causarles más bajas. Estos últimos trataron de derribar las luminarias sin conseguirlo.

Takar y sus generales vieron que sus tropas eran rechazadas por segunda vez, y que de los 500 granaderos negros apenas les quedaba ya un corto número. No obstante, hicieron adelantar al resto de sus mejores tropas, ofreciéndoles recompensas y asegurándoles que serían apoyados por el resto del ejército. Para ello hicieron avanzar a su infantería y a la caballería detrás de las trincheras, formando un círculo desde un lado del mar al otro, tanto para hacer empujar a los de primera línea, como para impedir su retroceso o abandono.

Comenzó así el tercer asalto, si acaso con más furia. Se repitió de nuevo la escena de los dos primeros, pero más prolongada, pues duró hasta la una y media de la madrugada, sin descanso alguna por parte de ambos bandos. Al mismo tiempo el teniente de rey hizo salir de Melilla dos grupos de cincuenta hombres cada uno, con la intención de atacar a algunos grupos enemigos por la espalda y generar confusión. Hicieron su trabajo, pero, advirtiendo que los moros trataban de cortarles el paso y que se acercaba caballería, se reintegraron a la plaza, no sin dejar muchos caballos en el sitio.

La noche era muy oscura, y los sitiadores, después de haber perdido muchos hombres, y tras recoger sus muertos y heridos, se fueron retirando por todas partes, abandonando la empresa que allí los había llevado. Entre tanto, los sitiados remataban con granadas y piedras a los que aún habían quedado en los fosos. Hacia las tres de la madrugada los asaltantes se retiraron definitivamente, y se hizo un profundo silencio lejos del anterior fragor de la artillería y de los gritos de aquéllos.

A la amanecida el gobernador hizo reconocer por un pequeño destacamento las trincheras y minas abiertas; allí ya no quedaban muertos ni heridos, pero sí multitud de escaleras, armas y municiones. Estando en esas, apareció un nutrido número de infantería y caballería marroquí, lo que aconsejó que el destacamento se retirase a cubierto. Se trabajó luego en la reparación del fortín de San Miguel y en deshacer las minas abiertas por los moros; lo que no dejó de ser oportuno, porque tres días

después volvieron a aparecer fuerzas del ejército enemigo, que se apostaron en las trincheras que habían abierto a mayor distancia sobre algunas alturas y en los reductos circundantes. Pero en realidad no fue más que un mínimo bloqueo, que hubiera podido eliminarse de haberse contado con más fuerza militar en Melilla.

Así terminaron el sitio y los asaltos al cabo de setenta y seis días de asedio. Se desconoce a cuanto ascendieron las bajas del enemigo, pero las de los defensores llegaron a 260. Los prisioneros que contribuyeron a la defensa de la plaza fueron compensados con la concesión de su libertad. Aunque el cerco de la plaza se mantuvo hasta febrero de 1716, y el bloqueo que le siguió duró hasta la muerte del sultán en 1727, lo cierto es que no hubo más intentos de asalto a Melilla, gobernada desde el 28 de noviembre de 1715 por el mariscal de campo ingeniero Pedro Borrás, que vino a sustituir al conde de Des Allois.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023